

tud impotente, diezmada por la guerra y por la pobreza; porque mientras los legionarios combatían en países lejanos, sus padres y sus hijos eran expulsados de sus tierras por vecinos poderosos. La necesidad de la dominación y una insaciable codicia hicieron invadirlo todo, profanarlo todo, hasta el día en que aquella tiranía se precipitó por sí misma» (1).

Catón había presentado esta ruina, y para eterno honor suyo, había hecho de su vida entera un prolongado combate para prevenirla. Por espacio de más de sesenta años, había luchado contra la indisciplina de los soldados, contra la venalidad del pueblo, contra el lujo de las mujeres, contra las costumbres de todos. Pero al fin, vencido él mismo, hubo de ceder al torrente. Aquella ostentación de rudeza y frugalidad vino á perderse en el escándalo de sus últimos años. Catón también era demasiado viejo de un día.

«Tenía siempre un gran número de esclavos, que compraba de los prisioneros de guerra, y escogía los más jóvenes para enseñarlos más fácilmente como perros y potros. Al principio, cuando era aún pobre y servía de simple soldado, no se enfadaba nunca con sus esclavos y encontraba bueno todo lo que hacían en su servicio. Después, habiendo mejorado de fortuna, solía invitar á su mesa á sus amigos y á los oficiales de su ejército, y entonces ya mandaba azotar á los esclavos que habían servido mal la mesa. Tenía cuidado de mantener entre ellos discordias y divisiones, desconfiando de su buena inteligencia y temiendo sus efectos. Si un esclavo había cometido un crimen por el que mereciera la muerte, lo juzgaba en presencia de los demás, y si era condenado, le hacía morir delante de ellos.

»Hízose luego demasiado amigo de las riquezas, que procuró adquirir con bastante afán, y menospreció tras ellas la agricultura, que le parecía más bien objeto de solaz y recreación que origen ó fuente de prosperidad. Para colocar su dinero en fincas más seguras, compró estanques, tierras en que hubiera manantiales de agua caliente, terrenos de batán, prados y bosques, cuyas rentas no podía disminuir, decía él, ni el mismo Júpiter. Ejerció la más abominable de todas las usuras, la usura marítima, exigiendo que sus deudores formaran una compañía, y cuando eran cincuenta asociados, con otros tantos barcos, se atribuía en cada uno de ellos una parte del capital, disponiendo que uno de sus libertos, que hacía con los armadores los negocios y los viajes, velara por sus intereses. De esta manera no se arriesgaba á perder sino una mínima parte de su dinero, mientras sacaba crecidos provechos. «Hacía también la trata de blancos» prestando dinero á algunos de sus esclavos para comprar muchachos que, bien enseñados, daban ya utilidad á su amo al cabo de un año.

»Aconsejaba á su hijo que emprendiera este comercio usurario, diciéndole que sólo podía dispensarse á una viuda necia que disminuyera su patrimonio. Pero lo más notable que dijo y lo que mejor caracteriza su codiciosa avaricia, fué que el hombre admirable, el hombre divino, el hombre más digno de gloria era el que probaba con sus cuentas que había adquirido más bienes de fortuna que los que le dejaron sus padres. En edad muy avanzada tuvo relaciones amorosas con una joven esclava, sin reservarse de su hijo ni de su nuera, y para castigarlos por sus justas reconvenções,

(1) *Jugurtha*, 41, y *ad Cæsar*. 4. Lucano ha resumido (I, 167) las causas de la caída de la república, pero con menos energía que Sallustio:

*Rebus mores cessere secundis,
Prælaque et hostiles luxum suaserunt rapina, etc.*

contrao segundas nupcias con la hija de su escribiente; unión indigna de él y vergonzosa á su edad» (2).

Vencido Catón, Catón dando ejemplo de escándalo y diciendo que no comprendía cómo dos arúspices podían mirarse sin reirse, nadie es ya bastante fuerte para resistirse á la corriente. El austero censor había hecho todos los esfuerzos imaginables para evitar su caída: había hecho expulsar á los filósofos griegos y hubiera querido cerrarles las puertas de Roma y aun de toda Italia; pero contra las ideas no hay leyes bastante fuertes ni murallas bastante altas (3). Los senadores Julio, Aufidio, Albino, Casio Hemina, Fabio Pictor, etc., dejaron á Catón escribir en latín sus *Orígenes*; ellos compusieron sus historias en la lengua sabia y este gusto por las letras griegas pasó más allá de Italia y penetró hasta el pie del Atlas, donde un hijo de Masinisa, Monastabal, hubo de honrar también á las musas del Pindo (4). Catón había querido poner en honor la frugalidad, el trabajo, la dignidad del pobre, y cada día estaban los campos más desiertos, y era el lujo más ruinoso y mayor la servidumbre del pueblo; las elecciones venían á ser un tráfico, pues era pública la tarifa de los votos. En el gobierno de sus provincias había dado el ejemplo de una administración prudente y desinteresada, y nunca habían sido más numerosas y crecidas las exacciones. Había combatido la indisciplina de los soldados, y Escipión Emiliano encontró las legiones de España en el mayor desorden. Quiso atraer á los nobles al sentimiento de la igualdad, al respeto de las leyes, y vió formarse una aristocracia que dominaba al mismo senado. El intervalo que separaba á los nobles y al pueblo se había agrandado, y el abismo era más hondo, más inevitable. Al fin de su vida, si Catón hubiera permanecido el mismo, habría sido en Roma un extranjero.

La sociedad romana era arrastrada rápidamente á una revolución próxima. Y este movimiento era legítimo, porque era preciso que se trasformara una ciudad que había venido á ser un imperio; y era preciso, para que la ciudad italiana pudiera encerrar el mundo, que renunciara á su estrecho espíritu, á su religión local, á sus leyes hostiles al extranjero; que se abriera á todas las ideas y á todos los cultos, para abrirse luego á todos los pueblos. A fuerza de multiplicar los dioses había de acercarse la conciencia humana á la unidad divina, que Cicerón proclamará muy pronto; destruyendo el patriotismo municipal, era ya fácil levantarse á la ciudad universal, cuyas leyes escribirá Marco Aurelio. Y nosotros mismos ¿tendríamos derecho á quejarnos de semejante transformación, cuando sin ella no seríamos sino hijos desheredados del antiguo mundo?

En efecto, si los romanos hubieran tenido para la literatura griega el desprecio que tuvieron los soldados de Alejandro para las civilizaciones del Africa, de la Fenicia y del Asia central, el largo trabajo de una raza dotada por el cielo de todos los dones de la inteligencia, se hubiera perdido para nosotros, como se perdió la sabiduría de Egipto y de Caldea. Hoy estamos reducidos á despertar difícilmente á orillas del Nilo, del Eufrates y del Ganges algunos de aquellos ecos sagrados, ó como vamos á las ruinas de Palanque ó las orillas del Ohio á preguntar al nuevo mundo los se-

(2) *Plut., Cat.*, 24. Véase en el cap. 21 su vergonzosa intervención en los placeres de sus esclavos. De su segundo matrimonio nació Sallustiano, abuelo de Catón Uticense.

(3) Catón leyó en su vejez muchos autores griegos, sobre todo á Tucídides y á Demóstenes, y sus escritos estaban enriquecidos de máximas y rasgos históricos de estos autores. Muchas de sus sentencias morales están traducidas literalmente. (*Plut., Cat.*)

(4) Tito Livio, *Ep.* XLIX, Masinisa tenía á su mesa músicos griegos, dice Ateneo, y Micipsa estableció una colonia griega en Cirta (*Strab.*, XVII, p. 831).

cretos de un misterioso pasado. Conviene pues tener en cuenta á los romanos haber mostrado, en lugar de un soberbio desprecio á los griegos, ó la torpe indiferencia de los conquistadores de Méjico ó del Perú, la ingenua admiración que hizo de ellos los dóciles discípulos de los vencidos y que conservó para nuestro bien tantas obras de arte.

Por lo demás, no hay que representarse á Roma cayendo súbitamente y toda ella en la molicié y el vicio. Rica y poderosa ya, tomó las costumbres de la riqueza y del poder, como había tenido las de la pobreza y de la debilidad. Muchos abusaban de sus medios; pero muchos también sabían unir las elegancias de la vida nueva con las antiguas virtudes, y la inevitable evolución que se operaba no habría tenido sino faustas consecuencias, si se hubiera podido contener el movimiento en los límites en que algunos nobles espíritus hubieran querido detenerlo. El severo genio del Lacio, lentamente fecundado y pulido por la ciencia y la urbanidad griegas, hubiera sin duda dado productos más gloriosos, y esto es lo que querían aquellos grandes ciudadanos. Paulo Emilio, cuya vida fué consagrada alternativamente á los negocios públicos, á la educación de sus hijos y al cultivo de las letras, y cuya parte de botín en Macedonia se redujo á la biblioteca de Perseo (1); Escipión Nasica, á quien declaró el senado el hombre más honrado de la república, y su hijo Córculo, tan modesto que se negó á recibir el título de *imperator* con el triunfo, y que tres veces, á pesar de Catón, aplazó la ruina de Cartago; el austero Calpurnio Pisón, llamado *Frugi*, de sobrenombre, hábil orador, valiente capitán, profundo jurisconsulto y escritor; los Escévolas, honor del Foro y de la tribuna (2); los dos Lelios, célebres por su constancia en la amistad, pero sobre todo, el segundo, llamado por sobrenombre el Prudente, que fué amigo de Pacuvio y de Terencio, y acaso su consejero y guía; Sempronio, el padre de los Gracos y el pacificador de España; Fabio Serviliano y Manlio, que ambos á dos castigaron de muerte el desarreglo y las concusiones de sus hijos (3); en fin, los Tuberones, de la familia Elia que tuvo cuatro consulados en este período. Eran tan pobres, á pesar de sus enlaces con las familias Emilia y Cornelia, que diez y seis miembros de la suya no tenían entre todos más que una casita y una quinta en el territorio de Veyos. Quinto Tuberón, el yerno de P. Emilio, no poseyó nunca, aun siendo cónsul, más que una vajilla de barro, excepción hecha de una copa de plata que hubo de regalarle el vencedor de Macedonia.

IV.—ESCIPIÓN EMILIANO

Pero el más grande de todos aquellos ilustres personajes era Escipión Emiliano, hijo de Paulo Emilio y nieto por adopción del Africano. Su amistad con Polibio fué célebre

(1) *Plut., Paul. Emil.*, 43, y *Polib.*, XXXIII, 8. No se encontró á su muerte con qué devolver á su esposa la dote que aportó y fué menester vender tierras.

(2) Los tres principales fueron Publio, cónsul durante el tribuna de Tiberio Graco; Quinto, el guía de Cicerón, el que se atrevió á resistir en pleno senado al omnipotente Sila; otro Quinto, hijo de Publio, á quien llama Cicerón el más grande orador entre los jurisconsultos y el más gran jurisconsulto entre los oradores. Cicerón refiere del primer Quinto, que comprando un día un fundo, pagó 100,000 sesteracios más de lo que se le había pedido, porque juzgó que el precio era demasiado bajo. (*De Off.*, III, 15.)

(3) La provincia de Macedonia acusó á Silano de concusión. Manlio, su mismo padre, lo juzgó, lo desterró de su presencia, y no quiso asistir á sus funerales, cuando el culpable, en su desesperación, se dió la muerte. (Tito Livio, *Ep.*, LIV; *Valer. Max.*, V, VIII, 3; *Cic., de Fin. bon.*, I, 7.)

en la antigüedad. «Nuestras relaciones, dice este historiador, comenzaron por los coloquios que teníamos sobre los libros que me prestaba. Cuando los aqueos, llamados á Roma, fueron dispersados en diferentes ciudades de Italia, Escipión y su hermano Fabio pidieron con instancia al pretor que me dejara permanecer con ellos... Un día que Fabio iba al foro, me encontré solo con Emilio, que me dijo con dulzura y cierto rubor: «¿Por qué, Polibio amigo, cuando estás en la mesa con mi hermano y conmigo, le diriges á él con preferencia la palabra? Según parece, me tienes, como mis conciudadanos, por indolente y desaplicado porque no me entrego á los ejercicios del foro. Pero ¿cómo lo haré?



Copa de plata (4)

Todo el mundo me dice que de la casa de los Escipiones no se espera un orador, sino un general — ¡Por todos los dioses! le contesté; no creas que obrar de esa manera sea en mí falta de estimación; lo hago así únicamente por ser Fabio tu hermano mayor. Por lo demás, yo admiro esos sentimientos, y si mis consejos pueden ayudarte á sostener dignamente el nombre que llevas, dispón de mí. Entonces, tomándome las manos Escipión: ¡Oh! exclamó, ¿cuándo veré yo el dichoso día, en que libre de todo compromiso y viviendo á mi lado, me des todos tus pensamientos? Sólo entonces me creeré digno de mis mayores» (5).

Escipión ponía bien sus afecciones: otro de sus amigos fué Panecio, el *maestro rodio*, cuyo estoicismo suavizado por la influencia platónica, humanizaba las austeridades de la escuela del Pórtico. Para él, la virtud era el mayor de los bienes, pero admitía que otros bienes pudieran estar á su lado, y enseñaba á su ilustre discípulo el verdadero fundamento de la moral social: «No hay nada bueno que no sea útil, y todo lo que es realmente útil es bueno» (6).

El primer efecto de este noble comercio con elevados espíritus, fué inspirar á Escipión amor á los estudios profundos y aversión á las costumbres licenciosas de la juventud romana. Y mientras la Grecia y el Asia infestaban á Roma con sus vicios, la amistad de Polibio depuraba en el ánimo

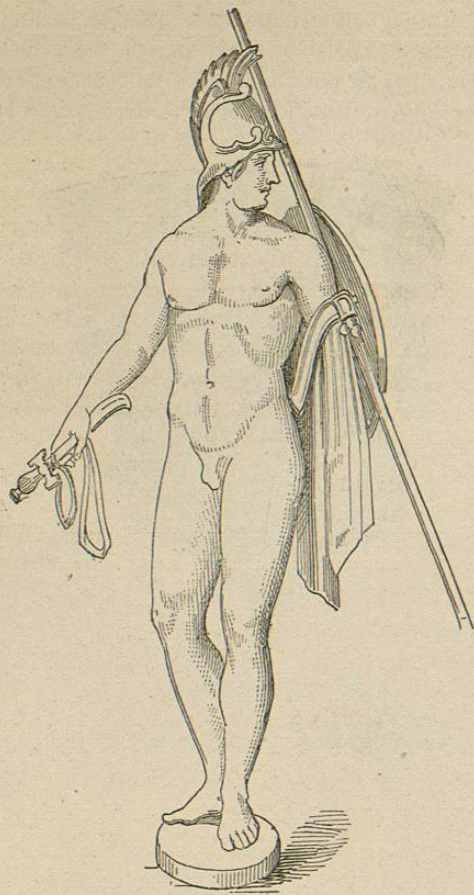
(4) Guhl y Koner: *Das Leben der Griechen und Römer*, p. 369, figura 452.

(5) *Polib.*, XXXII, 9.

(6) *Cic., de Off.*, III, 6.

de Escipión las virtudes de la antigua república dándoles algo más elevado. Mientras el espíritu de la rapacidad invadía á Roma, Escipión admiraba á sus conciudadanos con su desprecio del oro, y su inteligencia parece haberse preocupado de los grandes problemas de la ciudad y aun de la vida.

Estas virtudes de Emiliano sedujeron hasta al mismo



Marte (1)

Catón, que esperando encontrar en él al destructor de Cartago, hubo de olvidar por un momento su odio contra los Escipiones. «Sólo este, decía de Emiliano aplicándole un verso de Homero, sólo este ha conservado su razón; los demás, vanas sombras, pasan y se precipitan.» Hemos referido en otro lugar sus servicios militares, sus esfuerzos por restablecer la disciplina y su desinterés en medio de los ricos despojos de Cartago. Enviado á Oriente algunos años después á fin de arreglar los intereses de los pueblos y dar coronas, mostró en estas cortes voluptuosas una desdeñosa sencillez. Llevaba consigo al filósofo Panecio, acaso á Polibio y solamente cinco esclavos; pero á su aproximación, bajaban los reyes de sus carros, y Tolomeo Fiscón olvidaba por él su molición y su divinidad. «Los alejandrinos, decía Escipión á Panecio, nos proporcionan el gusto de ver siquiera una vez andar á sus reyes.»

A su vuelta fué elevado á la censura por el pueblo que rechazó por él la candidatura del orgulloso Claudio. Escipión quiso ejercer este cargo con una severidad saludable; pero se vió contrariado en todas sus medidas por la debilidad de su colega Mummio. Así, decía al pueblo que habría justificado su confianza, si hubiera tenido ó no hubiera te-

(1) Roux: *Herculano y Pompeya*, t. IV, p. 63. De una pintura de Pompeya, que no supo dar al terrible día de los romanos sino una muelle y afeminada elegancia.

nido colega. Guardar las antiguas costumbres, la sencillez, la disciplina, y á vueltas de esto honrar las nuevas musas hasta ayudar acaso á Terencio, eran los deseos de aquel noble espíritu. A su alrededor acudían identificados por los mismos estudios los Fanios, uno de los cuales dió su nombre á la primera ley suntuaria, y el otro fué un elocuente adversario de los Gracos; Sempronio Aselio, autor de una historia de la guerra de Numancia, en que se batió como tribuno legionario; el virtuoso Rutilio Rufo, que escribió en griego una historia de Roma y en latín sus propias memorias; el historiador Celio Antipater, su sobrino Tuberón, y su amigo el sabio Lelio, del cual habla tan honrosamente Cicerón en la *Amistad* (2).

Pero lo que distingue á Emiliano de todos los romanos de aquel tiempo es una elevación de ideas desconocida hasta entonces entre los ávidos y groseros habitantes de la ciudad de Marte. Había llorado sobre Cartago, y herido por aquellas fatales revoluciones de los imperios, se espantaba del porvenir de Roma. Cuando á la clausura del lustro, el heraldo, según el uso, pidió á los dioses que hicieran más grande y próspera la fortuna romana: «¡Es bastante buena, es bastante grande! exclamó; pidamos sólo á los dioses que la conserven sin detrimento.» Había comprendido muy bien los peligros que corría la república, y con inquieta mirada seguía aquella lenta descomposición de las costumbres, de las ins-



Un negro (3)

tituciones, del pueblo mismo. Acaso hubiera podido atajarla: Cicerón lo creyó; y el título que aceptó después de patrono de los italianos, la tentativa hecha por su amigo Lelio

(2) C. Laelius Sapiens era hijo de C. Lelio y amigo y compañero de armas de Escipión el Africano.

(3) Museo del Louvre, núm. 354 del catálogo Clarac. Este negro, vestido con ropa rayada de varios colores, es un precioso espécimen de la escultura policroma.

durante su consulado para provocar una repartición de tierras del dominio, muestran que hubiera puesto mano audazmente en los abusos. Tiberio, dice Plutarco, no hizo más que renovar los proyectos de Escipión. Pero ¿cuáles eran estos?

Cicerón, siempre tan fiel en sus *Diálogos* al carácter de los personajes que hace hablar, pone en boca de Escipión el elogio de una monarquía templada, de un gobierno mixto, en que rey, nobles y pueblo se equilibraran armoniosamente (1). En otro lugar recuerda que «su lectura favorita era la *Ciropeya*, libro en que no se olvida ninguno de los deberes de un gobierno activo y moderado»; pero este libro es también el cuadro ideal de una monarquía absoluta, aunque benéfica (2).

¿Pensaba pues Escipión, un siglo antes del imperio, que Roma no podría salvarse sino á costa de su libertad? Se encuentra también la idea confusa de un gran cambio, necesario para la salud del Estado, en este pasaje del *Sueño de Escipión*, donde el Africano dice á su nieto: «La república toda se volverá contra tí: el senado, los hombres de bien, los aliados, los latinos, pondrán en tí solo su última esperanza, y tú, dictador, regenerarás la república, si puedes escapar de las impías manos de tus émulos.» Después le mostró más allá de todos los mundos, en medio del divino concierto de las esferas celestes, un punto brillante de estrellas y resplandeciente de luz, donde á los ojos de Dios gozan una felicidad sin límites los que han salvado ó engrandecido su patria. «Del cielo vienen, le dijo, y al cielo vuelven los caudillos desinteresados y los salvadores de los pueblos. Allí está la vida verdadera; la vuestra no es más que la muerte. ¡Valor pues! Ejercita tu alma inmortal en los más serios trabajos; sobre todo, vela por la salud de la patria: es el estudio más digno de tu inteligencia. Habituaado así tu espíritu á estos nobles cuidados, vuela más fácilmente hacia su destino supremo, mientras el alma del que no ha conocido más que sensualidades y groseras pasiones vaga mi-

serablemente al rededor de vuestro globo azotada siglos y siglos por la tormenta» (3).—Por desgracia no pudo siempre Escipión velar por ella. Lejos estaba, á las puertas de Numancia, cuando estalló la revolución; á su vuelta, había entrado ya en las vías de sangre y violencia, de donde no era posible ya sacarla y donde él mismo encontró la muerte. Y era que, excepto él acaso, todos cerraban los ojos ante la gravedad del mal y nadie pensaba en el medio de curarlo (4). Como aquellos viejos senadores que sentados en sus sillas curules, esperaban impasibles y dignos que los galos aparecieran, los Escévolas, los Calpurnios, los Tuberones, creían hacer bastante por su patria dando el ejemplo de una vida sin lucha, y dispuestos á morir, pero incapaces de luchar, dejaban en su pasiva virtud que llegaran los días de desgracia. Estoicos en su mayor parte, sabían mejor sufrir que obrar; jurisconsultos, permanecían aferrados á la antigua legalidad, y no veían que la república como un enfermo desahuciado, tenía necesidad de remedios heroicos, que sólo podía darle una nueva legislación.

Ha de perdonársenos este largo estudio de los morbosos fenómenos y de las fuerzas de renovación que deja ver la república romana después de sus grandes guerras. La revolución moral que acabamos de estudiar vale por muchas narraciones de batallas, porque explica previamente la revolución política, cuyas sangrientas peripecias tendremos que seguir durante un siglo. Estos cambios que se producen silenciosamente en el seno de las sociedades vivientes son semejantes á los que se producen en el Océano: aquí surgen escollos lentamente del fondo á la superficie, y poderosos navíos vienen á estrellarse en parajes por donde antes corrían las olas libremente; allá, bajo la ola movediza también de los negocios humanos, nacen y se desarrollan nuevas necesidades, escollos en que perecen las viejas instituciones, cuando los pilotos no son bastante expertos para verlos desde lejos y esquivarlos.

CAPITULO XXXVIII

LOS GRACOS

I. — PRIMERA SUBLEVACIÓN DE LOS ESCLAVOS.

El último siglo de la república romana no trajo más que tres grandes guerras: la de los cimbras ó cimbrios, la de Mitridates y la de los galos. Sin embargo, ningún período de la historia fué más sangriento, como quiera que, durante todo un siglo, no cesaron los romanos de volver sus armas contra sí mismos. Los vencedores del mundo se mataban unos á otros por saber quién había de aprovechar su conquista.

Estas guerras civiles se complicaron aun con incidentes inesperados: los súbditos se mezclaron en las contiendas de sus amos y cada uno de los oprimidos tuvo su día de libertad y de venganza; extrañas y salvajes saturnales que acabaron de borrar los privilegios, de mezclar los pueblos, de nivelar las condiciones, de confundir las ideas hasta que un nuevo espíritu, un nuevo mundo saliera del caos de las antiguas ideas y de las viejas instituciones.

(1) *De Rep.*, I, 30; *Ep. ad Quint.*, I, 1.

(2) Para Cicerón, el consulado representaba la monarquía. Ya lo veremos procurar establecer este equilibrio entre las clases de la sociedad romana.

Al desinterés, al heroísmo de los días juveniles ha sucedido la turbulenta ambición de la edad madura: en vez de grandes partidos, no habrá ya más que grandes hombres, que sin conciencia de ello, y á veces á pesar de sus crímenes, servirán la causa de la humanidad. Roma y su espíritu y su pueblo se borrarán cada vez más, y este movimiento que sin cesar lleva á su foro y á su curia otros hombres y otras ideas, refluirá sobre el mundo y arrastrará lejos de ella hasta las llanuras de Tesalia, de Macedonia y de Africa á los caudillos que no se avergüenzan ahora de llamar á las armas para arreglar sus destinos. Los Gracos, revolucionarios pacíficos, á ejemplo de los antiguos tribunos, combatirán y morirán en el Capitolio y el Aventino; pero Mario y Sila tomarán á Italia por campo de batalla y César y Pompeyo el universo romano.

Estos tres grandes nombres, los Gracos, Mario y Sila señalan así tres grandes divisiones en la historia del último

(3) *Multis exagitati seculis*. Esta imagen recuerda el Círculo de Dante (*Inf.*, c. V), donde incesantes remolinos arrebatan á los condenados del amor.

(4) En la *República* de Cicerón, Lelio también se indigna contra Escévola y Tuberón que se preocupan más de la aparición de dos soles en el cielo que de la situación de la república.